



## Ramón Acín *toma la palabra* 5 - Buen tempero en Barcelona



No, no es del buen tiempo que gozaba ese día Barcelona de lo que habla el artículo publicado en *El Diario de Huesca*, el día 3 de octubre de 1913, aunque sí debió ser un gran día en el Centro Aragonés de la ciudad condal, cuyo teatro cosechó un lleno absoluto para disfrutar de *Buen tempero*, el sainete costumbrista firmado por Luis María López Allué, quien había encargado a su amigo Ramón Acín la dirección de los ensayos.

En este quinto artículo de prensa (tercero en *El Diario de Huesca*), se puede apreciar un sensible avance en la escritura de Acín. La entrada del artículo, el paseo por la Rambla para acudir a la sesión, es una encantadora narración que abre las puertas a la exitosa representación de la obra de López Allué. Ramón Acín ha elegido bien y comienza a pisar firme en su nuevo terreno como columnista.

## "Buen tempero" en Barcelona

3 de octubre de 1913. *Diario de Huesca*. (Id. web: ap005).

Luis López Allué (1861-1928), escritor y dramaturgo, oficia desde 1912 como director de *El Diario de Huesca*. La amistad que Acín y él se profesan propicia la participación del joven en el periódico en calidad primero de ilustrador y después de articulista. Ramón continúa su estancia en Barcelona y se hacen patentes las diferencias de contenido y estilo entre estos artículos para el *Diario de Huesca* y los anteriores de *La Ira*: aunque matizada, esta dualidad de estilo y contenido le acompañará siempre, estableciendo diferencias cuando escribe para sus paisanos y cuando el destinatario está fuera. La obra "Buen Tempero" es un buen ejemplo de sainete costumbrista.

Es día festivo y son las nueve de la noche; las Ramblas a esa hora y en ese día tienen su más grande animación. Un murmullo grande oye en ellas; gente de todos los colores, de todos los países, accionan de todas las maneras y hablan en todos los idiomas; diríase que aquella muchedumbre venía de la Torre de Babel después de la confusión de lenguas. Yo paso ligero entre esa multitud, abriéndome paso con mis codos, como los mambises cubanos se abrían paso con sus machetes entre los cañaverales de la manigua. Paso ligero por las Ramblas porque al final de ellas está el Centro Aragonés, y en ese Centro se representa *Buen Tempero* de López Allué. La sala está ya llena de aragoneses; los pulmones respiran fuerte, allí está Aragón; llevaron las muchachas en sus ojos el cielo, el aroma de los



montes lo da la hierbabuena prendida en sus pechos, hierbabuena arrancada de una maceta que tiene tierra de Aragón; en sus cuellos como un abrazo, llevan collares de perlas rubias y redondas como granos de uva; en sus labios las cerezas de Monzón y la miel de los panales; en sus caras morenas el color del pan; en el chorro de su risa fresca los arroyos saltarines de los pinares; en sus pechos amplios y en sus caderas macizas la fortaleza de la raza.

Tienen ellos el cuerpo fuerte y recio como las encinas, sus brazos de venas retorcidas y músculos salientes son como ramas, sus cabelleras de pelo basto como el esparto, asoman por los cachेरulos como nidos de picaraza, y a ese cuerpo y a esos brazos los sostienen dos piernas que se clavan en tierra como los estribos de un puente.

El telón sube, y empieza *Buen tempero*. La escena una cocina del Alto Aragón, Juanica viene del horno "dispués de amasase seis hanegas; y sola pa reparar, sola pa enfornar y sola (como ella dice) pa carriase a casa el pan", un pan caliente aún del calor de los bojes verdes.

Por la puerta parece entrar el cierzo con olores de tomillo. Entra Rebesildo con la jada y las alforjas al hombro; en las alforjas una bota de vino; la azada está reluciente de tanto trabajar; la rosca del brocal de la bota está gastada de tanto trasegar vino.

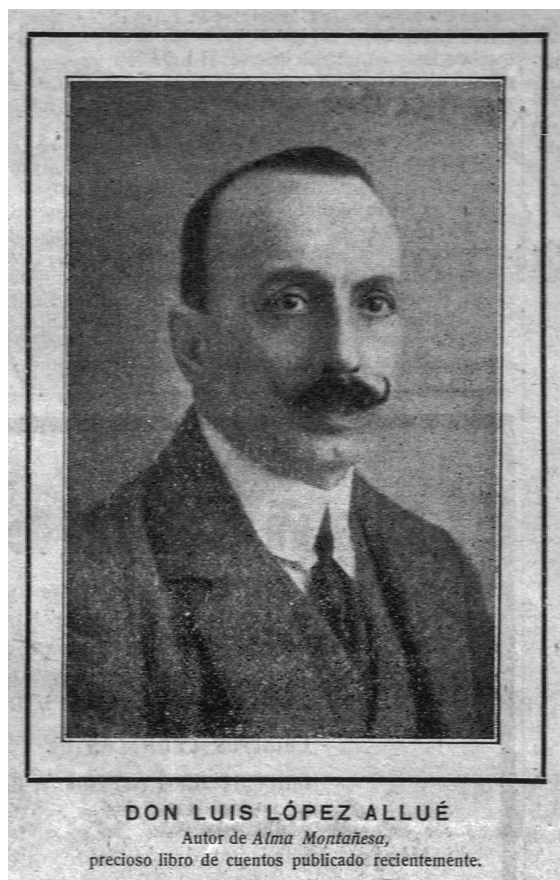




Por la puerta parece entrar el cierzo con olores de tomillo. Entra Rebesildo con la jada y las alforjas al hombro; en las alforjas una bota de vino; la azada está reluciente de tanto trabajar; la rosca del brocal de la bota está gastada de tanto trasegar vino.

Rebesildo quiere a Juanica, se lo dio a entender aprendiendo a tañer la vigüela pa acompañala con la ronda el año que fue mairalesa; llenándole las pochas de naranjas y litones en la virgen de Monflorite; esperando en los bailes que hay bastonero, más plantau que un ajo, a que le tocara la vez; pero decírselo claro no se lo había dicho.

Juanica también quiere a Rebesildo, pues es modoso y trabajador y además le señalaron ocho onzas en el día; pero su cortedad de genio para hablarle claro y decirle que se quiere casar con ella, le hace estar de mal talante y despreciativa con él. Y entonces oís a Rebesildo que le dice a Juanica allí, a dos pasos de las Ramblas, donde dejasteis una multitud cosmopolita, oís a Rebesildo en un lenguaje baturro que consuela:



—¿Sabes una cosa?

—Tú dirás.

—Que t'alcuentro un poquico josca de carauter.

Sin darme cuenta estaba haciendo la reseña del sainete, cosa que no es necesaria pues todos lo conocéis y no me propuse más al tomar la pluma que enviar al autor los muchos aplausos que sus baturros recibieron; sus baturros, que son distintos que todos los baturros de los otros escritores; sus baturros, de los que me hablaba en una carta encargándome la dirección de los ensayos del *Buen Tempero*:

*“Por Dios te pido (decíame el querido don Luis) que no me apayasen mis matracos; que tengan en cuenta que el baturro no es un pazguato, ni en el pensar, ni en el decir, sino un humorista todo ingenuidad, ingenuidad brusca pero sincera.”* Por eso, porque sus baturros no son payasos, ni pazguatos, porque son ingenuos y porque son sinceros, sus baturros son distintos a los de los otros escritores.

Y se bajó el telón. Y a los baturros de López Allué (miel sobre hojuelas) siguieron las notas de la Jota aragonesa; de esa divina Jota, dulce y melosa como la gallegada, retozona y mansa como las sardanas, quejumbrosa y triste como las soleares, inquieta y alegre como las sevillanas, sencilla y evocadora como los zorricos, brillante y rebelde como el himno de Riego; de esa divina Jota más heroica que el Pean y la danza Pizzica de los helenos<sup>1</sup>, más grande que el Ocaso de los Dioses de Wagner, más hermosa que las Sinfonías del inmortal Sardo, más arrebatadora que la Carmañola y la Marsellesa de los franceses, más humana que los villancicos que le cantaban a Jesús los pastores de Belén. □

<sup>1</sup> Danza típica de Salento y sur de Italia.



## El Centro Aragonés de Barcelona. Un referente del aragonesismo y un lugar de encuentro y cultura con la inmigración aragonesa.

Fragmentos de *la Historia del Centro Aragonés de Barcelona*.

<http://centroaragonesdebarcelona.es/nosotros/historia/>

Aragón, por múltiples razones, siempre se ha inclinado hacia Cataluña. A principios del siglo XX, Barcelona era la segunda ciudad de Aragón, después de Zaragoza, por el número de residentes aragoneses, alrededor de 50.000, y de casi 70.000 en toda Cataluña. En la tercera década, esa cantidad sufrió un importante incremento: el censo de emigrantes se estiró hasta los 120.000 ciudadanos. La región vecina vivía un momento de expansión y de convulsión a la vez: se creaban fábricas, se ampliaba el horizonte del trabajo, se producían los dramáticos desórdenes de la Semana Trágica de 1909, se fraguaban las pugnas sindicales, se registraba un interesante momento literario y artístico con el Noucentisme, el Modernismo y la llegada de las vanguardias; figuras como Antoni Gaudí, Santiago Rusiñol, Pablo Picasso, Juan Gris, Pablo Gargallo y Ramón Casas, entre otros, desplegaban su talento. Barcelona, en medio de los conflictos, respiraba vitalidad, perspectivas de futuro, algunas tensiones de identidad, y hacia allí encaminaron sus pasos numerosos aragoneses. Iban a encontrar estabilidad, se dirigían a “la cuna del trabajo”, sin duda, y a la vez llevaban en la cabeza y en el corazón la viva memoria de Aragón.

Por eso, muy pronto, los aragoneses sintieron la necesidad de establecer un punto de encuentro, un espacio de tertulia donde se hilvanasen los recuerdos, los proyectos de futuro e incluso un vínculo concreto con el territorio que habían dejado atrás.

### Origen, fiesta y socios

Casi como una consecuencia natural, un grupo de aragoneses se reunió sucesivamente en la calle Baja de San Pedro 82, en Mendizábal 17 y finalmente en la calle del Correo Viejo 5 para fundar el Centro Aragonés de Barcelona. La fecha definitiva fue el tres de enero de 1909. Los fundadores fueron Miguel Allué, Agustín Lecha, Martín Usán, Eladio Hernández, Miguel Oliván, Francisco Gaudó y Blas Solanilla. Del cónclave salió la primera Junta Directiva y el nombre de un presidente, más bien efímero, Tirso Ortubia, que no tardaría en ceder su puesto a Hermenegildo Gorriá Royán, un auténtico sabio en materias tan diferentes como la ingeniería agrícola e industrial, la farmacia o la arquitectura. De inmediato debieron de surgir desavenencias, o sencillamente se matizó mejor la gestión: pocos días después hubo otra reunión de la que salió un nuevo organigrama; el Centro iba a contar con una Junta Directiva y una Junta Consultiva, y aún siguen ahí, cien años después, vigentes en los estatutos.

La creación del Centro Aragonés de Barcelona se vivió como un acontecimiento: se preparó un banquete para ochocientos comensales en el Teatro Condal y en el Palacio de Bellas Artes, ya en sesión vespertina, se organizó un festival de jota y rondalla. Uno de los fines del nuevo recinto, según sus estatutos, era la beneficencia: destinadas a ese objetivo se recaudaron 265 pesetas. El otro objetivo esencial era la instrucción, que incluía la educación y la difusión cultural. Y los estatutos prohibían el uso y la promoción de la política. Sin embargo, la política iba a ser uno de los caballos de batalla –un foco de polémicas, de actividades, de conflictos y de disidencias, y a la vez de utopías– del Centro Aragonés de Barcelona al menos hasta la Guerra Civil.



Inauguración del nuevo Centro Aragonés de Barcelona en 1916, que hoy, casi 100 años después, sigue siendo su sede en la calle Costa



El éxito de esta nueva asociación, que tenía un claro parentesco con los ateneos y con los centros excursionistas y naturistas, fue inmediato: a finales de 1909 ya había 1.300 socios. En su mayoría eran comerciantes, funcionarios y burgueses; se inclinaban hacia las tareas de beneficencia y las labores sociales, algo muy en boga en aquellos momentos, pero tampoco rehusaban realizar contactos de negocios. El carácter emprendedor de los asociados era evidente. Crearon muy pronto una cooperativa destinada al comercio de los productos aragoneses: frutas y hortalizas, vinos, carnes y embutidos. Algún tiempo después, a comienzos de 1912, el expurgo en el 'Boletín' (que empezó a editarse ya en mayo de 1909) del Centro arroja esta curiosidad: se organizó una expedición de comerciantes aragoneses y catalanes (que no eran socios) a Constantinopla, y tal vez a otros lugares de Oriente, donde fueron recibidos con entusiasmo patriótico por Fernando Antón de Olmet, "marqués de Dosfuentes y prócer instalado en aquellas tierras". El Centro, como ha recordado el estudioso Carlos Serrano en su artículo para la revista *Rolde* "Dicen que hay tierras al Este: aragoneses en Barcelona (1909-1939)", nació con la vocación de ser la "Casa de todos los aragoneses", una vocación desgajada de intencionalidad política o cuando menos contemporizadora: "Amando a la Región amamos a la Patria, porque el amor a la tierra, por grande e inconmensurable que sea, no mengua el amor a la madre única que se llama España". En esta frase del 'Boletín' de 1910 se encuentra el epicentro de disputas, sinsabores y deserciones que padecerá el Centro. Pronto, muy pronto, en concreto desde finales de 1913, empezarán a germinar otros ideales, más sociales, más populares o menos elitistas si se quiere, que darían lugar en marzo de 1914 a la fundación del Centro Obrero de Barcelona, cuyo primer presidente sería Ramón Toda.

En esa primera época se produjo un auténtico baile de sedes: el Centro se trasladó a la Plaza Real 12, y de ahí a la Rambla de Santa Mónica 25, la antigua sede del Círculo Ecuéstre. A la par, continuaba ensanchándose el intercambio recíproco de Aragón y Cataluña: nació el Centre Catalá en Zaragoza y más tarde el Centro Aragonés de Tarragona. El Centro Aragonés de Barcelona multiplicaba sus servicios y propuestas: creó un grupo excursionista (en la monografía del Homenaje al Centro Aragonés de Barcelona, 1909-1992 se decía que organizó su primera salida el 9 de mayo de 1909 y "aunque ese día llovió de forma torrencial, todos disfrutaron de lo lindo"), las correspondientes "secciones de Cultura, Beneficencia, Instrucción", la citada cooperativa, la mutua y el montepío.



Proyecto de monumento imaginario a Joaquín Costa. Ramón Acín, 1925

### El eco y el magisterio de Costa

El año 1911 estuvo marcado, al menos en sus inicios, por la muerte, el ocho de febrero, del polígrafo y jurista Joaquín Costa, que será uno de los personajes más recordados a lo largo de la centuria y objeto de homenajes en Barcelona y en Graus; consta que la directiva del Centro siguió con preocupación la penosa enfermedad de Costa y que mantuvo correspondencia con sus familiares. Existe otra anécdota curiosa que ilustra la nostalgia de Aragón y el amor a la tierra. Un grupo de asociados realizó su primer viaje a Aragón: se recorrieron más de 300 kilómetros de Huesca, Zaragoza y Teruel, entre el cinco y el catorce de agosto. El viaje en tren, la estancia en fondas y hoteles y la manutención costaron 100 pesetas por cabeza. La recepción cariñosa y solemne a los expedicionarios evidenciaba que el Centro, a pesar de "su escasa edad", gozaba de crédito y de reconocimiento.



Centro Obrero Aragonés en el carrer Sant Pere més Baix, que fue rebautizada como carrer Ramón Acín tras su asesinato





Ese prestigio también se evidenciaba en Barcelona. Y fue eso, y la concatenación de ilusiones y ayudas institucionales, lo que hizo posible un nuevo sueño: una sede propia. El Centro Aragonés había tenido que trasladarse de nuevo, en este caso a los bajos de la calle Sepúlveda 179; al final, tras tanta mudanza, el presidente Pascual Sayos logró aunar voluntades y presupuestos para que el Centro Aragonés de Barcelona dispusiera de un edificio propio. Se compró un solar de 1.240 metros cuadrados en lo que eran las ruinas del convento de Valldonzella, y se contactó con un arquitecto de prestigio como Miguel Ángel Navarro (Zaragoza, 1883-1956) para que realizase el proyecto. Zaragozano, hijo del arquitecto Félix Navarro y un excelente profesional, asumió la obra, se trasladó a Barcelona, donde por cierto se había licenciado en 1911, y concibió un suntuoso caserón que se inició, de manera real y simbólica, el 31 de mayo de 1914 con la colocación de tres piedras de cada provincia: una de Zaragoza, perteneciente a la muralla romana del paseo del Ebro, junto al convento del Santo Sepulcro; otra de Teruel: un sillar del torreón de Andaquilla, y otra de Huesca, tomada de la vieja muralla de la ciudad en la ronda de Montearagón. El edificio constaba de sótanos, planta baja, dos plantas más distribuidas en cinco alturas, y tenía un teatro, el Goya, que podía albergar a casi 1.000 personas, repartidas entre las 300 butacas de nogal y sus 49 palcos. El arquitecto Navarro lo había dotado de platea móvil. El contratista fue Antonio Vidal, y debe hacerse constar un curioso detalle: Basilio Paraíso, el alma de la Exposición Hispano Francesa, había sido designado presidente honorífico del Centro Aragonés de Barcelona, según Valeriano C. Labara también fue su “fundador moral”, y participó con su empresa ‘La Veneciana’ en la decoración de los cristales policromados de las villas de Aragón. La carpintería de obra y artística la asumió el presidente Pascual Sayos Cantín, que no solo se esmeró sino que “hizo mucho más de lo que estaba obligado a hacer y de lo que de él había derecho a exigir”.

El empeño contó con apoyos institucionales. El Ayuntamiento de Zaragoza, presidido por José Salarrullana de Dios, aprobó en pleno y por unanimidad la concesión de 8.000 pesetas durante ocho años ininterrumpidos al nuevo espacio. Esa sede propia, tan anhelada, se inauguraría el siete de septiembre de 1916; la puerta de acceso hacía prácticamente chaflán con las calles Torres Amat y Poniente, a la que, por iniciativa de los dirigentes aragoneses, se le cambiaría el nombre por la actual calle Joaquín Costa en 1923. Desde Zaragoza se fletaron dos trenes con 1.200 personas, numerosas autoridades de las tres provincias y una comitiva de periodistas, entre ellos José Blasco Ijazo y Juan José Lorente. Se realizó un desfile desde la anterior sede hasta el nuevo espacio, con la Banda Municipal de Barcelona encabezando la marcha al compás de pasodobles. Presidieron el acto, entre otros, los alcaldes de Barcelona, el Marqués de Olérdola, y el de Zaragoza, Sallarrullana de Dios. En el salón de actos se pronunciaron los discursos; se ofreció una comida en el Mundial Palace para 500 invitados; los actos, de diversa índole, continuaron hasta el día once.

Se celebraron fiestas de jota, que ha sido un elemento importante a lo largo del siglo XX, en las que intervinieron cantantes muy reconocidos como Cecilio Navarro de Zaragoza, ‘El Chino’ de Huesca y León Albertino de Teruel; actuó el Orfeón Zaragozano, que interpretó La mort d’un escola del maestro Clavé y, en la plaza Monumental, se organizó una corrida de toros con Florentino Ballesteros y Algabeño II. Además, se montó una exposición de Bellas Artes, en la que participaron Julio García Condoy, Mariano Barbasán, Joaquín Pallarés, Juan José Gárate, Anselmo Gascón de Gotor, Salvador Gisbert, Mariano Oliver, Marín Bagüés y Pablo Gargallo, entre otros. Pocos días después se publicaba un número extraordinario del ‘Boletín del Centro Aragonés’, con portada de Ramón Alonso, donde se explicaba toda la gran operación y se recogían los discursos y cartas de adhesiones. Isidro Comas Macarulla, ‘Almogávar’, escribía: “...Y ahí está la esbelta, suntuosa y simbólica ‘Casa de Aragón’ en Barcelona, apabullando con su mole todas las razones en contra de la labor realizada y realizable por la colonia aragonesa, por una mínima parte de ella, mejor dicho. (...) Instrucción, beneficencia y cooperación en su más lato [sic] sentido forman la base de sustentación de nuestro ideal, ni más ni menos que las tres piedras angulares de Zaragoza, Huesca y Teruel soportan bravamente el peso glorioso de nuestra magnífica ‘Casa’”. Allí, entre otras muchas cosas, se decía que la exposición constaba de 117 piezas, 77 cuadros, 12 esculturas, 17 dibujos y “un regular número de obras de joyería, orfebrería y mueblería artística”.





### El «boletín», el Ebro, la política

Isidro Comas Macarulla: ya ha aparecido otro nombre clave en la historia del Centro Aragonés; en 2008 fue objeto de una estupenda monografía, Isidro Comas, Almogávar. La poética vida de un aragonés de Tamarite de Litera de Valeriano C. Labara Ballestar, que coeditó el Centro Aragonés de Barcelona con Rolde en 2008. Era vicesecretario desde 1911, fue su primer bibliotecario y fue el alma de las ‘Tertulias Aragonesas’ que se celebraban todos los jueves desde 1917 y que suscitaron tanto interés como desconcierto en la cúpula de mando. Aquellas tertulias en ocasiones se convertían en conferencias que abordaban asuntos polémicos porque merodeaban los

pantanos de la política, “esa plaga que todo lo envenena”, como declararían años después Pascual Sayos a La Crónica de Aragón. La sección de instrucción, por su parte, organizaba sesiones dominicales de solfeo y piano, corte y confección, francés e inglés, geometría y gramática, lecciones de derecho mercantil. El ambiente resultaba un tanto paradójico: por un lado se vivía un importante periodo de esplendor y por otro se percibían las fricciones y los abandonos: Juan José Alonso dejó la dirección del ‘Boletín’ en 1917, que cada vez se abría más a las colaboraciones, el pintor Joaquín Sorolla publicó una carta en él, y en 1919 sería el propio Sayos quien abandonaría la presidencia por “cuestiones de salud”. Pero parecía haber otras razones de peso: la vindicación de un aragonésismo nuevo frente a la orientación más aséptica y centralista de la Junta Directiva, la aparición de un artículo anónimo en La Publicidad, en agosto de 1918, donde se vertían graves acusaciones contra él. Y, muy especialmente, el nacimiento de “un foro de acción aragonésista”, que dio origen ya en 1917 a la Unión Regionalista Aragonesa (URA); este grupo, poco después, bajo el estímulo de Gaspar Torrente, puso en marcha la revista El Ebro, que iniciará su andadura en ese año y la culminará en 1933. La URA –que también tendría un ramal joven, Juventud Aragonesista, y acortaría su nombre como Unión Aragonesista– ya no se marchó del Centro, pero tenía sus propios ideales: mostraba adhesiones no fáciles de asimilar y una clara beligerancia a lo que algunos denominaban el centralismo, “un regionalismo perfectamente compatible con el amor a la patria”, tal como había escrito Marceliano Isábal. Cuando este conflicto entraba en ebullición, a Isidro Comas Macarulla, ‘Almogávar’, se le fue la mano y la crítica en el uso de adjetivos: calificó como “política personalista y absorbente” la de Pascual Sayos, habló de persecución, de santonismo y de virulencia, y este buscó pretextos para dimitir. □

Hay que advertir que, aunque en el estudio que hemos referido sorprendentemente se omite, también colaboraron Ramón Acín, Felipe Alaiz, Joaquín Maurín o Ángel Samblancat en diferentes artículos. Todos ellos fueron firmas importantes en la cultura y la política hecha y escrita de la Historia española. [Nota FRKA]

